

El Sentimentalismo y el Nuevo Totalitarismo

Rubén Alvarado
©2000 Rubén Alvarado

Digby Anderson & Peter Mullen, *Falsificación: El Sentimentalismo de la Sociedad Moderna* (Londres: The Social Affairs Unit, 1998), pp. viii, 217.

He pasado más de un momento en los años recientes meditando en una simple pregunta: “¿Qué le pasó al ciudadano Inglés?” Ud. sabe, el labio superior firme, reserva estoica, riéndose al frente del peligro, y cosas similares. Parece que últimamente nada podría ser peor que la emulación de tales virtudes. Mientras Escocia y Gales buscan el desarrollo de una identidad nacional, el Inglés parece estar haciendo todo lo que puede para perder la propia. Este complejo nacional ha encontrado expresión, en particular, en un fenómeno psicológico más bien interesante que se opone completamente a la tradición Inglesa recibida: Hablo del sentimentalismo, al que Jane Austen se refirió como “sensibilidad.” Uno lo miraba en el juicio de hace unos pocos años atrás de la niñera Louise Woodward en los Estados Unidos, en donde la cuestión de culpable o inocente tomó un distintivo papel secundario en cuanto a la cuestión de si los Americanos, poco dispuestos a perdonar, insistirían en mantener el juicio contra una simpática adolescente Inglesa. Uno lo miró también con la muerte, de otra forma trágica, de Diana, en donde parecía que todos trataban de superarse los unos a los otros en expresar – y esta es la clave, expresar externa y públicamente – emoción, quizás con el pensamiento de que “lo que estoy haciendo es exactamente lo que Diana hubiera hecho en mi lugar.” El tal era un espectáculo anti-Inglés, pero ése era precisamente todo el punto. Era como si todos estuviesen diciendo “Rechazamos nuestro pasado, nuestra herencia, nuestra imagen en los libros de historia, y exigimos ser vistos como un pueblo que puede expresarse a sí mismo aún cuando lo que expresemos sean trivialidades inexplicables.”

A mi parecer esta misma actitud llegó a expresarse en las elecciones parlamentarias de 1997. El Partido Laborista hizo campaña sobre poco más que “cambemos nuestra actitud hacia Europa, hacia Bretaña, hacia el pasado; seamos la Británica tranquila, pongámonos los anteojos de sol y arrojemos ese asunto del auto-control al Támesis.” Las diferencias reales en materia política eran más bien infrecuentes, con la excepción del tema de “Europa,” que en resumidas cuentas expresaba la diferencia de actitud. Pues si hay una cosa que separe al Inglés del continente, es la actitud. En el fondo, es una actitud de auto-dependencia vs. dependencia del gobierno. Es una distinción muy antigua con profundas raíces históricas, que es la razón por la cual el giro a favor de la actitud continental sea tan notorio. Encuentra su paralelo cruzando el Atlántico en los Estados Unidos, en donde el Partido Demócrata está llevando a cabo una transfiguración similar de la psiquis nacional.

¡Oh, sí!, es la época del liderazgo de sentirse bien, y los Sres. Blair y Clinton son sus ejemplares más dotados. La sustancia es irrelevante, de hecho es absurda. Nada importa sino la imagen y la apariencia. Es la tendencia que el libro *Falsificación* expone tan despiadadamente. Y si la repetición de frases como “sentimentalismo,” “falsificación,” “fraude” se torna en alguna manera monótona – el resultado inevitable de la compilación en el libro de una serie de artículos separados – esa repetición también señala hacia la extensión del problema. Esto es cualquier otra cosa excepto un fenómeno inocente. Es la señal de lo que Johan Huizinga señaló atrás en los 1930s, con el surgimiento del fascismo (¡y qué paralelos se pueden trazar entre el período contemporáneo y aquel otro período!), en lo que él describió como el debilitamiento de la capacidad de juzgar. Parece como si la gente ya no tiene un pensamiento que le es propio, que permiten que sus mentes sean tomadas por algún espíritu colectivo que mueve a todos en la misma dirección y que planta los mismos pensamientos en las cabezas de todos. Uno entonces ya no ejerce un juicio crítico sino que se deja ser absorbido, y de esta forma ser intelectualmente aniquilado. ¿Es esta la versión contemporánea del éxtasis religioso? Quizás

El corazón del libro y el corazón del problema encuentra expresión en el artículo de Nicolás Capaldi “Evadiendo la responsabilidad personal: la sentimentalización de la política social.” Capaldi hace la crucial observación de que la conducta fraudulenta tiene sus raíces en la cosmovisión Pelagiana y que la

tradicción “estoica” del auto-control de hecho tiene sus raíces en la alternativa Augustiniana. “El sentimentalismo es una perversión del Cristianismo. Específicamente, el sentimentalismo es *Pelagiano*. Pelagio era un monje Británico del siglo quinto que negaba la doctrina del Pecado Original así como afirmaba que nuestra libre voluntad era suficiente para permitirnos salvarnos a nosotros mismos... La negación de la doctrina del Pecado Original es de fundamental importancia. La tensión constante en la civilización Occidental ha sido entre aquellos que piensan que la salvación es posible en esta vida (utopismo) y aquellos que lo niegan. El sentimentalismo es un subproducto inevitable de la primera postura.” El sentimentalismo es simplemente un barniz sobre una conducta incontrolada, irracional, orientada por el apetito, en el cual la gente, buscando egoístamente sus propios intereses, encubre aquella búsqueda con la emoción lo cual está diseñado para eliminar la responsabilidad y desencajar la facultad crítica. Si uno acepta el principio Pelagiano de que los seres humanos son intrínsecamente buenos, entonces uno acepta con mucho gusto este subterfugio porque la alternativa – de que estas personas realmente son lo que uno en lo más profundo sospecha – es demasiado horrible para considerarse. Tal conclusión validaría la noción Augustiniana del inherente mal humano.

Pero el peligro real yace en aceptar el Pelagianismo como una especie de religión civil. Pues en este caso este subterfugio toma dimensiones públicas, nacional y aún totalitarias. Se vuelve un ejercicio de pensamiento en grupo en donde todos repiten la “línea política del partido” aún cuando en privado todos saben que es una mentira. Esto es al menos lo que ha llegado a ser la política en los Estados Unidos. ¿Y quién sabe qué tan lejos puede ser llevado este fenómeno Clinton? Fue precisamente esta clase de emocionalismo la que Hitler usó para allanar el camino al poder. El camino es usado por los Clintonistas para empapelar profundidades incontables de corrupción, y la forma en que tales malas conductas – y similares – son no solamente toleradas sino aplaudidas, habla mucho acerca del nivel intelectual y espiritual del electorado. Sabemos por las Escrituras que el anticristo, cuando venga, tomará una postura similar: “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.” (2 Tesalonicenses 2:9-12).

Si el artículo de Capaldi expone la médula espiritual del sentimentalismo, el artículo de Mark Steyn, “Y ahora, todos los Venusinos” resume extensamente el resultado cultural y político. No puedo hacer nada mejor que presentar una cadena de citas directas: “En estos días a casi cada tema le ha sido arrancado el aspecto político y ha sido destinado al ámbito del sentimiento: la salud, la educación, el ambiente, el control de armas, la política con respecto a las drogas... No tiene sentido tratar de *pensar* acerca de estos asuntos; el *sentimiento* lo es todo.” “El genio mayor de la época es John Gray, autor del *best-seller* psico-blablá, *Los Hombres son de Marte, las Mujeres son de Venus*... La Vida viene de Marte, los medios de comunicación son de Venus – y cuando los últimos tropiezan contra lo primero, terminan inevitablemente adaptando la vida a las llorosas estructuras esquemáticas que ellos entienden.” “Para la mayoría de la gente las noticias son cosas que se presentan entre los programas de comedias situacionales, las telenovelas y los comerciales, y no sorprende que, con los años, hayan absorbido las mismas técnicas que sus colegas.” “Cuando la cultura *pop* se felicita a sí misma por su descaro al ‘examinar’ la homosexualidad, o el racismo o el aborto, lo que generalmente esto significa es que ha concedido un status de aprobación a ciertos grupos; Ud. puede ‘examinar’ estos tópicos, pero solo en un sentido estrecho – y, el cielo ayude a cualquiera que esté tan poco iluminado como para atreverse a diferir.” “Esa es la característica distintiva del sentimentalismo de los medios de comunicación: su intolerancia de cualquier perspectiva disidente, y la ferocidad con la que las aplasta. Hay un tipo de fascismo sentimental diseminado.”

Esto es lo escalofriante acerca de este desarrollo. El sentimentalismo es lo absolutamente opuesto de lo que pretende ser. Exuda compasión, pero de hecho es una capa para disimular las formas más degradantes y viles de corrupción y decadencia. Tome el ejemplo del aborto:

Con los ‘derechos reproductivos,’ digamos, todo lo que Ud. necesita saber es una estadística fría e impersonal: de todos los embarazos en los Estados Unidos de hoy entre un 25 y un 30 por ciento

terminan en aborto. Eso no podría ser más evidente: el aborto no es típicamente una ‘agonizante decisión personal’, solo una forma rutinaria de contracepción. Pero la enloquecida abortista agonizando públicamente por su agonizante decisión personal cabe mucho mejor entre las telenovelas y los shows de entrevistas. Sin una cultura de sentimentalismo no sería posible para una sociedad civilizada tolerar el aborto. Todos entenderíamos demasiado bien lo que realmente es.

El sentimentalismo sirve como un manto para esconder la verdad, y aquel que se atreva a pedir la verdad es entonces tildado de canalla sin sentimientos. Es el mundo vuelto al revés.

Como Steyn señala, es la cosecha corriente de los políticos quienes son, en su mayoría, adeptos a canalizar esta predilección por las lágrimas para sus propios fines. El vicepresidente y candidato presidencial Al Gore es un maestro en esto. El lector tendrá que perdonarme, pero voy a citar, una vez más, al Sr. Steyn extensamente. Mi excusa es que, en un año electoral como este (en los EUA), tales cosas no pueden ser suficientemente repetidas. El mensaje exponiendo la insinceridad y la hipocresía simplemente *debe* ser comunicado.

El cinismo de Al Gore no conoce límites. Fue un pionero de la moda de mencionar a parientes afligidos como la base para la política pública: en 1992, fue su hijo, quien casi fue muerto en un accidente automovilístico; en 1996, fue su hermana, quien murió de un cáncer de pulmón. Gore ‘la amaba más que a la vida misma,’ le dijo a los EUA en voz baja y en vivo por la televisión. Luego hizo una pausa. ‘Mañana por la mañana, una chica de 13 años comenzará a fumar. También la amo.’ Para este momento, las brechas entre las palabras eran lo suficientemente grandes como para fumarse medio paquete de cigarrillos entre pausa y pausa. ‘Y esa es la razón por la cual,’ continuó, ‘hasta que exhale mi último suspiro derramaré mi corazón y mi alma en la causa de proteger a nuestros niños de los peligros del fumar.’

Ninguna cadena de noticias que cubría el discurso miró apropiado mencionar un discurso que Gore hizo en 1988, cuatro años después de la muerte de su hermana: ‘A lo largo de la mayor parte de mi vida, he cultivado tabaco,’ le dijo orgullosamente a una audiencia de Carolina del Norte. ‘Lo he azadonado, lo he picado, lo he desmenuzado, espigado, colocado en el granero, lo he hecho tiras, y lo he vendido.’ Ningún corresponsal de televisión señaló que en 1990, seis años después de la muerte de su hermana, Gore estaba todavía tomando contribuciones para su campaña de la industria del tabaco. ¿Y porqué las redes de emisoras ridiculizarían a Gore como un fraude? Él habla el lenguaje de ellos.

Cuando un reportero tardíamente se encontró con Gore y le preguntó porqué, si estaba tan devastado, permanecía siendo un agricultor de tabaco, la respuesta del Vicepresidente fue ingeniosa: ‘Sentí la insensibilidad que me impedía integrar en todos los aspectos de mi vida las implicaciones de lo que aquella tragedia realmente significaba. Nos encontramos en medio de un profundo giro en la manera cómo abordamos estos asuntos. Realmente creo que en nuestra política y en nuestras vidas personales, estamos viendo un esfuerzo por integrar nuestras vidas emocionales de una manera más balanceada.’ Nadie ha dominado con tanta maestría la feminización del discurso político más extensamente que Gore. Incluso su hábito de hablar. Mucho. Suavemente. Parece jugar bien con la típica mujer Americana suburbana, recordándoles a un maestro de primaria preocupado, tomándose el tiempo para explicarle al pequeño Johnny porqué comer demasiado dulce es malo para Ud. Del plan económico de Bob Dole, Gore dijo: ‘Es inescrupuloso. Eso significa que está equivocado, y no debería ocurrir.’ Gracias Señor Vicepresidente. Para la Palabra-del-Día de mañana Al Gore ha definido ‘patrocinio.’ En contraste con Clinton, quien declara que todo niño Americano debería tener el derecho de ir a la universidad, Gore parece determinado a mantener a todo el electorado en kindergarten.

Podría seguir citando sin acabar de este libro. El artículo de Anthony O’Hear, “Diana, reina de corazones” resume bien el tipo de impresiones que expresé arriba acerca de la transformación del Inglés moderno. Diana fue y es el ariete para reemplazar la antigua virtud Inglesa con la nueva tontería Inglesa. “Debido a

su vida y aún más debido a su muerte, lo que ser Británico ha cambiado, irrevocablemente... Aquello por lo cual [Diana] mantuvo una postura firme fue la elevación del sentimiento, y la imagen y la espontaneidad sobre la razón, la realidad y el control. El Británico de nuestros padres y abuelos, el Británico de la Segunda Guerra Mundial ha sido reemplazado por el Nuevo Británico en el cual la madre del futuro Rey públicamente llora en el funeral de un vulgar y auto-publicitado Italiano diseñador de ropa.” (Oh, allí voy otra vez citando.)

Otros artículos del libro *Falsificación* perforan similarmente la sabiduría recibida y proveen alimento para la reflexión de mentes hambrientas en una variedad de tópicos y áreas: medicina, educación, ambientalismo, literatura, música, y hasta el comer. Los autores han hecho una labor extraordinaria. El artículo final ofrece una buena exposición de los orígenes del sentimentalismo en el Cristianismo. El sentimentalismo ha llenado un vacío dejado por el alejamiento del Cristianismo de la arena pública. Es este conocimiento el subyace en el sentimiento que uno obtiene mientras lee este libro, un sentimiento de - ¿desesperación? Porque uno mira que el único antídoto para el Pelagianismo es el Cristianismo plenamente desarrollado; el único antídoto para la religión de obras, que resume todas nuestros esfuerzos políticos y culturales equivocados contemporáneos, es la salvación por gracia por medio de la fe. Y esa parece ser la única solución que el público no puede aceptar. “Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio.” (2 Tesalonicenses 2:7). Dios está aún restringiendo la ola plena de impiedad. La cuestión última es, ¿por cuánto tiempo continuará Él haciéndolo? ¿Por cuánto tiempo soportará a aquellos que deliberadamente se han alejado de Él? Y el Anticristo, cuando venga, ¿se morderá el labio y se aguantará las lágrimas mientras apoya y respalda la impiedad y persigue al justo? Esto está pareciendo más y más probable.